

Ejemplaridad de Octavio Paz*

Juan Goytisolo

Cuando en 1953 cumplí mi sueño de salir de una España represiva y estéril y de viajar a París conocí a través de amigos comunes al poeta catalán Josep Palau Fabre que residía allí desde hacía años en voluntario exilio. En nuestras conversaciones, centradas en su provechosa lectura de Baudelaire y Rimbaud, me mencionó dos nombres para mí desconocidos: Antonin Artaud y Octavio Paz. Dijo que había frecuentado a éste en la Casa de México de la Ciudad Universitaria y me aconsejó vivamente su lectura.

Como algunos españoles rebeldes de mi generación, víctimas del subdesarrollo cultural del franquismo, pensaba por entonces que la única literatura posible para nosotros era la comprometida, no con la palabra precisa y bella y con lo que después llamaría *el árbol de la literatura*, sino con el «aquí y ahora», con nuestra menesterosa sociedad. Como escribí a fines de los cincuenta, aquélla debía desempeñar el papel que en los países democráticos correspondía a la prensa: denunciar las injusticias y falta de libertad de un sistema político, religioso y militar impuesto como una camisa de fuerza. En un país en donde la información se reducía de ordinario a la reseña de partidos de fútbol, corridas de toros y las audiencias y actividades del Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, la realidad, pensaba, era nuestra única evasión. No seguí, desdichadamente, los consejos de Palau Fabre y dejé para más tarde la lectura de Octavio Paz y Artaud.

En 1959, durante las jornadas literarias celebradas en Formentor con la participación de importantes autores y editores extranjeros —la primera bocanada de aire fresco que entraba en un país cuyo lenguaje había sido secuestrado por la doctrina nacional-católica y la demagogia contaminadora de la Falange—, vi por primera vez al poeta y conversé brevemente con él. Mis amigos comunistas —yo era en esa época lo que se llamaba compañero de viaje, de un viaje, por otra parte, cuyo punto de destino ignorabame habían prevenido contra sus ideas: ¡era un trotskista! La relación fue breve y seguí sin leerle hasta el momento en que casualmente cayó en mis

* Palabras leídas al recibir el Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo 2002, en la ciudad de México.

manos su luminoso ensayo sobre Luis Cernuda. Mis gustos literarios habían evolucionado entre tanto y tras la inevitable lectura e influencia de Machado, descubrí al autor de *La realidad y el deseo* y me embebí en sus páginas con una inmediatez personal que me ha acompañado a lo largo de toda la vida adulta. Las reseñas aguadas e insulsas publicadas con motivo de su muerte me habían asqueado. Por ello, el ensayo de Octavio Paz me abrió un mundo que yo únicamente presentía y me ayudó a reconciliarme conmigo mismo: «La poesía de Cernuda –resumía– es una crítica a nuestros valores y creencias... Su sinceridad no es gusto por el escándalo ni desafío a la sociedad: es un punto de honor intelectual y moral».

Inmediatamente a este hallazgo me apresuré a leer la obra poética y ensayística de su autor: *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira*, *Las peras del olmo* y, asimismo, *¿Águila o sol?*, *La estación violenta*, *Homenajes y profanaciones*, títulos que busqué y adquirí en la mítica *Librairie des Éditions Espagnoles* de la Rue de Seine. Cuando finalmente encontré a Paz, después de su abrupta y honrosa dimisión del cargo de embajador de México en Nueva Delhi a raíz de la matanza de Tlatelolco, me había familiarizado ya con su pasión crítica, admirablemente desenvuelta tanto en sus ensayos como en su poesía.

Decir a estas alturas que *El laberinto de la soledad* se ha convertido en un texto capital de la literatura en lengua española del siglo XX es el mero reconocimiento de una evidencia. Su análisis, tan riguroso como matizado, de la complejidad cultural de Mesoamérica a la llegada de los españoles y de las luces y sombras de la Conquista, no ha perdido un ápice de su validez más de medio siglo después de su publicación. La fascinadora superposición de culturas y el palimpsesto histórico que tanto nos atrae en México son descifrados en unos términos que, si la ocasión lo permitiera, merecerían la reproducción *in extenso*. Y, en el brete de citar unas pocas líneas tocantes a la pervivencia de las antiguas creencias y tradiciones bajo la estructura religiosa y social creada por España y renovada después por la influencia europea –pues España se había cerrado a ella desde mediados del siglo XVII–, escogeré éstas:

«Del mismo modo que la pirámide azteca recubre a veces un edificio más antiguo, la unificación religiosa solamente afectaba a la superficie de las conciencias dejando intactas las creencias primitivas. Esta situación prefiguraba la que introduciría el catolicismo, que también era una religión superpuesta a un fondo religioso original y siempre viviente».

La fructuosa cala en los diferentes estratos de la cultura mexicana de Octavio Paz influyó no sólo en los ensayistas e historiadores: alimentó tam-

bién la imaginación creadora de grandes novelistas, como Carlos Fuentes en *Terra nostra* y Fernando del Paso en *José Trigo*. Las páginas dedicadas a la conmemoración de «Todos santos, día de muertos» son la mejor descripción analítica que conozco de una fiesta a la que tuve la fortuna de asistir hace ya muchos años: un ceremonial popular sin parangón alguno con otra festividad de los países que he visitado y que debería ser proclamada, si el embajador de México en la Unesco lo propusiera, Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad.

¿Cómo resumir en unas páginas el alcance de una obra tan vasta y enjundiosa como la de Octavio Paz? *Corriente alterna, Conjunciones y disyunciones, Los hijos del limo, El ogro filantrópico* componen otros tantos jalones de una escritura siempre innovadora y revulsiva a la que consagré algunos trabajos aparecidos en *Plural y Vuelta* y recogidos luego en *Disidencias, El bosque de las letras y Cogitus interruptus*. Pero su ensayo capital, el que más hondamente me conmovió y cifra con implacable lucidez la reiterada tragedia del escritor frente a la atroz pesadilla de lo real, es su ensayo sobre Sor Juana.

La autora de *Primero sueño* intentó transmutar en efecto la pesadilla en visión y desafió modesta pero audazmente el orden inmutable e incapaz de renovación creado en la Nueva España por la monarquía absoluta y la Iglesia. El drama de un espíritu que «no logró hacerse perdonar su atrevimiento y su condición de mujer» evocado ya por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* nos es presentado en *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* desde prismas distintos y complementarios. Con esa pasión crítica que constituye a la vez el eje y vector de su labor poética y ensayística, Paz traza un retrato magistral de esta monja inquieta y ávida de saber, atrapada en las redes de una sociedad jerarquizada, vuelta de espaldas al espíritu de su tiempo y en la que, parafraseando a Cernuda, todo nace muerto, vive muerto y se petrifica. ¿Cómo no compenetrarse con las páginas que retratan la melancolía y desdicha de una escritora cuyo único crimen fue el de adelantarse a la evolución que siglo y pico después condujo a la ruptura del vínculo colonial de Nueva España con una metrópoli regida por un rey incapaz y abyecto como Fernando VII?

«Su doble soledad de mujer y de intelectual condensa un conflicto también doble —escribe Paz—: el de su sociedad y el de su feminidad: la *Respuesta a Sor Filotea* es una defensa de la mujer. Hacer esa defensa y atreverse a proclamar su afición por el pensamiento desinteresado, la hacen una figura moderna».

A la indagación del pasado y presente de nuestras sociedades y creencias –las de Iberoamérica, España y de todo el ámbito europeo, llena de observaciones críticas como la de «la unidad española fue y sigue siendo fruto de la voluntad política del Estado, ajena a los elementos que la componen» (y ello se aplica aún, después de la Constitución de 1978, al menos al ámbito cultural, cuya imagen icónica ignora la riqueza de su propio contenido)–, Octavio Paz agrega algo muy raro dentro de la tradición española: un vivo interés por otras culturas. Su estancia en la India le llevó a romper con un ombliguismo que separa aún a España de los países europeos vecinos. A sus calas en el mundo mesoamericano anterior a Cortés, añadirá a partir de mediados de los sesenta del pasado siglo, una lectura incitativa del budismo y del tantrismo hindú. Desde la atalaya privilegiada de Nueva Delhi, se esforzó en ver nuestra cultura a la luz de otras culturas y enriquecer su visión de una y de otras. Como Lévi-Strauss, con quien manifestó hermosamente su deuda, Paz cumplió con lo que siempre he considerado la regla de la labor intelectual: la crítica de lo propio y el respeto de lo ajeno, en lo que tiene, claro está, de respetable.

Vislumbres de la India es la culminación de una larga empresa de conocimiento en la que los capítulos sobre Akbar y Gandhi, Buda y el islam muestran el impulso vital del escritor para comprender y asimilar la abigarrada complejidad del subcontinente indostánico. La apertura intelectual de Octavio Paz es la de un europeo imantado por el saber desinteresado de otras áreas culturales. El tradicional ensimismamiento español, que nos condujo, como advirtió con lucidez Américo Castro, a ser objetos de estudio en lugar de ser sujetos de él, realza su singular excepción: mientras el análisis de nuestra historia, arte y literatura no puede prescindir de la ingente tarea de los hispanistas ingleses, franceses, alemanes o norteamericanos, la aportación española al conocimiento de la cultura e historia de Inglaterra, Francia, Alemania o Norteamérica resplandece por su ausencia. El Octavio Paz estudioso de las corrientes religiosas, intelectuales, literarias y artísticas de Asia, encarna un caso ejemplar de diálogo intercultural, diálogo tan precioso como exótico en un ámbito como el hispano cuyo comprensible afán de europeización y de modernidad toma a menudo por desdicha el sendero más corto: seguir, como el resto del mundo, las modas y corrientes de la pseudocultura global norteamericana.

La pasión crítica impregna el ensayo y la poesía de Octavio Paz. En un agudo y esclarecedor examen de los filmes de nuestro compatriota mexicano-español Luis Buñuel, escribía: «A veces un artista logra traspasar los límites de su arte [y] encuentra sus equivalentes más allá de su mundo». La observación es certera pues el universo cinematográfico de Buñuel enlaza